



Voces y expresiones viciosas

Protagonizar



sigue la avalancha— ¡cuidado, señor *Hablista*, que no se dice

avalancha, sino *alud*!—de los neologismos.

Si no sirviera la palmeta del dómine, veamos si sirven las razones del lógico.

Protagonizar es un verbo nuevo que anda constantemente en labios de los locutores de Radio e incluso en la pluma de redactores y críticos. No debe haber disculpa para ninguna de estas personas, pero sobre todo para los últimos, que por el alto ministerio que ejercen están obligados a ser más respetuosos con el lenguaje y con la lógica o, por mejor decir, con las matemáticas.

De protagonista ha salido *protagonizar*; y quiera Dios que de *protagonizar*—así que este verbo se encuentre en condiciones de procrear y multiplicarse—no se derive *protagonización* o *protagonizamiento*.

Protagonista viene de dos voces griegas: *protos* y *agonistes*, que quieren decir *primero* y *actor*, respectivamente. Se da tal nombre al personaje principal de un poema o de una acción dramática, y por extensión a la persona que asume la parte más notable más importante, de un suceso cualquiera. El protagonista de un poema será Aquiles o Eneas, a quienes también podemos llamar *héroes*, por ser los personajes principales, el primero de una epopeya: la *Iliada*, y el segundo de un poema épico: la *Eneida*. Hago esta distinción porque según los preceptistas sólo hay dos verdaderas epopeyas: el *Ramayana* y la *Iliada*, y acaso, acaso, aunque no todos están conformes: *La Divina Comedia*.

De donde resulta que ni Héctor, ni Menelao pueden ser llamados legítimamente protagonistas del poema homérico; ni Creón, ni Tiresias, del *Edipo rey*, de Sófocles. Pues, señor, si es así, o en las adaptaciones radiofónicas, que entran a saco en las obras literarias y las mutilan y alteran en sus propiedades más características de fondo y forma, todos los personajes alcanzan la calidad de principales o los adaptadores y locutores hacen del «uno» muchos «unos», con detrimento de la lógica y de los números.

Juéguese con la metáfora, y la imagen, y las comparaciones, y el acento, y la ortografía... Vean los oídos y oigan los ojos, a pesar de estas palabras tan sensatas de San Agustín; «Hay ciertas cosas que son comunes a todos los miembros, verbigracia, la salud, la vida; pero hay otras que son propias de cada miembro, de donde resulta que ni el oído percibe los colores, ni el ojo los sonidos» (1); cámbiesele la faz a la naturaleza, y hágase lo ancho, estrecho y lo largo, corto, y erijase la voluntad o el corazón en órgano del conocimiento, pero ¡por los clavos de Cristo! respétese la autoridad infalible de los números. Mientras no varíe nuestra organización mental, como ha observado Leibniz, ni podemos llamar Pleno a la mitad más uno de los miembros que integran una Corporación, (2) ni hay sextetos de catorce músicos, ni un triángulo tiene más o menos de tres lados.

Si protagonista quiere decir «primer actor», lo será el Crispín de *Los intereses creados*, pero no Pantalón, ni el Capitán, ni el Hostelero. Que protagonice el *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, además del intérprete de Don Juan, el de Don Luis, el del Comendador e incluso los que hagan de «malditos», es tan descomunal dislate como creer que puede haber sombra sin luz o salir el Sol por Occidente.

Hay obras en que todo un pueblo es el protagonista, como *Fuente Ovejuna*, de Lope de Vega (3) y *Los Campesinos*, de Reymont. Pero tal pueblo aparece como unidad, cualquiera que sea el número de sus componentes.

Lo mismo que la unidad de acción es consubstancial a la obra de arte, antes y después de Horacio, es también esencial que en cada poema, acción dramática, novela, cuento, etc., haya un héroe o protagonista: esto es, un «primer actor», un personaje principal, pero no han de serlo todos los que intervienen en el desarrollo de la fábula o argumento.

Dígase en vez de *protagonizada* (tal o cual obra teatral o adaptación radiofónica) interpretada, y el lenguaje, el buen sentido y las matemáticas, quedarán indemnes.

Dejad al número en paz;

dejadlo por vuestro bien,

que aunque las cosas varíen

uno y dos siempre son tres.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

(1) *Tratado sobre la Gracia*. (Madrid, 1952), 1º II, pág. 733.

(2) Ni a ningún número que no sea el de la totalidad.

(3) —«¿Quién mató al Comendador?»

—Fuente Ovejuna, señor.

—¿Y quién es Fuente Ovejuna?»

—Todos a una».

POEMAS

Como nos pasa el tiempo

Pasar sobre las cosas respetuosamente
con la planta desnuda y la mano rozando
y dejar que la vida nos conforme, conformes
con la noble alegría de vivir respetando.

Pasar sobre la vida tan silenciosamente
que nos tome la muerte con justicia callando
y dejar que la tierra al final nos conforme
con un largo silencio y un respeto muy blando.

Pasar por sobre todo como nos pasa el tiempo
sin que saber nos deje que nos está pasando.

Y yo me dejo engañar

El tiempo que me sostiene

me va llevando a la mar.

Voy en su barco de esclavo

creyéndome capitán.

Yo consultando los vientos

que es mi vivir esperar

y mi destino en el tiempo

y el tiempo ciego hacia el mar.

El tiempo me va engañando

y yo me dejo engañar.

SANTOS SANCHEZ-MARIN